

De la distancia al propio reconocimiento

En toda relación existen, principalmente, dos tipos de distancias. Nos conduce la sed a una fuente en la que antes de saciarnos somos, en ella, reflejo de nosotros mismos. Esta es la distancia que, antes del acto, excita nuestras sensaciones; nos precipita en acontecimientos, nos envuelve en un salón de espejos y en imágenes que habitan nuestros gustos —o temas requeridos— como luces encendidas o paisajes ya ardiendo. Permanece inquieto el poeta: su ojo mira y ve cómo todo aquello, en su reverberación, va poblando el desierto en su papel. Cierta cuidado presta el hombre, y reconoce en aquellas huellas su imagen y el poema. Nace en un mundo su preocupación. Entonces, uno se cree el haber acertado esa distancia. Y no es tal, sino el veneno ha quedado para siempre y paralelo ya en su sangre. Es cuando nace el conflicto de sí mismo. El poema libertador. Distanciamiento ante la misma realidad y la imprevisión producida. Si escribo distanciamiento digo consciente despreocupación del Yo. Porque su finalidad poética, manifiesta en su primera trilogía (*Oveja Negra* ¹, *Donde da la luz* ² y *Metaory* ³) va encaminada a los ambientes hostiles que rodean al mismo poeta y a esa parte de sociedad que él desea protección y ánimo en levantamiento.

Con *Diezmo de madrugada* ⁴, Antonio Hernández (Arcos de la Frontera, 1943)

¹ ANTONIO HERNÁNDEZ: *Oveja negra*. Edit. Biblioteca Nueva, Col. Poesía Actual, número 4, Madrid, 1970.

² ANTONIO HERNÁNDEZ: *Donde da la luz*. Col. Melíbea, número 2. Talavera de la Reina (Toledo), 1978.

³ ANTONIO HERNÁNDEZ: *Metaory*. Edit. Elíos, Col. Mare Nostrum, número 1, Madrid, 1979.

⁴ A. H.: *Diezmo de madrugada*. Premio «Leonor» 1981. Soria, 1982.

continúa en el mundo de lo poético con unas claves y unos recursos estéticos que, no siendo ajenos —en su mayoría— a los de su obra anterior, se identifican —más concretamente— con su libro precedente, *Homo Loquens*⁵. De todos modos, con cierta particularidad temática, se aprecian distinciones en cuanto su actitud personal-poética ya vislumbrada en el poemario anteriormente citado, prolongándose en su aceptabilidad personal como en una ambientación en calma donde el recuerdo, una psíquica nostalgia y aquello que fue perdido toman el principal protagonismo para llegar a inducirlo al propio reconocimiento, a un narcisismo indirecto mediante la transposición de situaciones familiares como si reencarnaciones en objetos queridos fueran, o hacia un ser querido —hoy no existente— al que dedicaría todo el tiempo. El caso es que ese mismo narcisismo le conduce, también, a la disconformidad.

Existen, sin duda, varias posturas, aceptables o no, para manifestar una cierta disconformidad (algo de ello reporta el acto poético), o también crítica, ante ciertos determinismos... existenciales, sociopolíticos, o simplemente, literarios. Y estas posturas, representadas por sus autores, se diferencian en sí del mismo modo que se definen por su propia personalidad dichos autores. He ahí, pues, lo que caracteriza cualquier tendencia o estilo de los distintos escritores en sus géneros correspondientes; con los que, incluso, se puede apellidar a un grupo de ellos o a cualquier movimiento literario. Lo mismo que el cambio, por evolución, en las distintas etapas, como es el caso, de un poeta.

En cierta ocasión dije que Antonio Hernández concluyó su primera trilogía con *Metaory*, y que con *Homo Loquens* daba comienzo a otra. Y es ahora con *Diezmo de madrugada* con la que verdaderamente se puede demostrar esa diferenciación a la que, entonces, me referí. Si la personalidad poética de Antonio Hernández consiste en la captación sosegada, entrañable y a la vez crítica de todo cuanto lo rodea, bien es verdad que tal posición lo sitúa mediante su capacidad de comprensión e identificación partiendo de su misma intimidad con los siempre presentes propósitos de inquietud e insatisfacción de sí mismo y de la sociedad. Por ello en este libro, *Diezmo de madrugada*, se compaginan temas muy familiares del presente simultáneo con recuerdos —también familiares, mas de juventud y fraternidad— que concluyen en la aceptación de sí mismo, en el reconocimiento de la propia vida mediante un pesimismo que le permite, aún más, ahogarse plácidamente en lo bello aunque lo derribe el tiempo.

Aún no se ha terminado. Queda ese otro distanciamiento que, dijimos al comienzo que dos eran las distancias, es el eco de la realidad, del vitalismo puro tamizado en la reflexión y aún inconcluso (entiéndase como se quiera esta inconclusión) en un poema. Se han perdido ya las fuerzas, incluso la persona a quien amaste en sus manifestaciones. A partir de aquí el poeta se refugia en el recuerdo y su esperanza, en la pretendida y refinada estética —que es otro fin—, en el nuevo volar, en revivirlo hoy en la música del canto, aunque sorda, en la música de un paisaje en continua conversación de signos. La vivencia pasada, la reflexión, la técnica, la nueva visión y un poema para uno mismo. Es ésta la distancia del eco que se personaliza y se hace presente: *Diezmo de madrugada* (Soria, 1982), es un islote personal, un monólogo comprensible y cercado

⁵ A. H.: *Homo Loquens*. Edit. Ayuso, Col. Endymión. Madrid, 1980.

al mismo tiempo en el que se han escondido —para remontarse después en espejo de sí— palomas ciegas en un paisaje de crepúsculos. Un libro donde el recuerdo de una convivencia anterior nace por la contemplación del gozo y de alegría presentes para hacerse, hoy, amor lento y latente.

Si la muerte y el recuerdo son los dos temas centrales del libro, la intimidad con un cierto paternalismo será el trasfondo a su permanente duda e ironía con todo lo social, dirigiéndose —por ello— hacia la nostalgia de su niñez y adolescencia que nace de la fusión entre la intimidad y la convivencia para encaminarse, a mi entender, hacia la preocupación del individuo (el yo y la locura subjetiva, como en Artaud o Bataille, «l'homme est d'abord à la recherche d'une intimité perdue»).

La palabra es biografía, y en su redoblar está la razón de la escritura, en las heridas que causan al hombre y la soledad de un islote que aún no se resigna a ella, o a serlo. Todo es como un incendio de pájaros desplomándose. El recuerdo y la escritura en este libro es una delicada selección de cualquier rumor, de cualquier héroe por pagano que sea, de cualquier sensación pasada como si ahora mismo naciera. Y su fuerza está en encontrar la otra imagen perdida o la adivinanza de un espejo. Y si el azar, el ocio en lo refinado, el gusto o la curiosidad nos conduce a leer un libro de poemas —el placer y la inestabilidad— van creciendo y nos encontramos, sin duda, ante el abismo o la adivinanza. «En la Edad Media, la adivinanza —dice Borges inspirándose en el libro III de la Retórica de Aristóteles— era un género literario y todos percibían su afinidad con las metáforas y las alegorías.» Creo que es cierto —en descubrirlo está el secreto— y que, también, un poema es premonición, casi conclusa, en sus palabras, del conocimiento y de otras imágenes que subyacen en la propia oscuridad.

La adivinanza es un poema, o viceversa. El haber jugado doblemente con el tiempo sobre el papel cumplió su cometido. El estilo y su dureza van con el guante de la estética, con la adecuación de un autorretrato al verse —el poeta— en su vanagloria mal o bien admirado, o de alimentarse con heridas o victorias. Con un poema finalmente.

La imagen que nos da el poemario, digno en su cometido, es verdaderamente un vuelo, y certero hacia otras alturas poéticas.—MIGUEL GALANES (*Arzobispo Morcillo*, 22, 1.º E. MADRID-34).